

por aquella boca, porque sin duda es cualidad que sirve para acreditar de liberal á un hombre; la de hablar un lenguaje soez y desvergonzado.

Tuvieron D. Simon y su mujer, y los tienen todavía y Dios se los conserve largos años, dos hijos, una hembra y un varón, que se criaron oyendo el bonito lenguaje de su padre que se entretenía en arrullarlos con todo género de desvergüenzas, juramentos, ternos, tacos redondos y cuadrados y de todas formas, y los niños eran el encanto de la vecindad que les oía las mismas escogidas palabrotas que habían oído á su padre, y su madre consideraba semejante costumbre una gracia infantil sin consecuencias, y el padre se ufanaba viendo que sus hijos manifestaban tan precozmente unas tendencias de acuerdo con su carácter franco y despreocupado.

No se cansaron mucho los chicos en aprender la doctrina cristiana, ni siquiera el libro de Martinez de la Rosa; pero á los diez años ya habían leído *Las Ruinas de Palmira*, *El Juicio Errante*, *Los misterios de Paris*, y todas las novelas francesas que caían en sus manos, y á los 16 el muchacho escribía una carta proponiendo la fuga del domicilio conyugal á una vecina, casada con un capitán, que por poco hizo del doncel partiéndole de un sablazo; y á los 17 la niña escribía á un mancebo de botica que la enamoraba, pidiéndole que le proporcionase un veneno ó huyese con ella; y en efecto, el mancebo de botica huyó de la población, pero solo; convencido de que aquella empresa era superior á sus facultades, y de que no había en la oficina de farmacia ninguna sustancia que fuera veneno tan activo como el amor de la ariscada hija de D. Simon.

Ambos jóvenes oían muchas veces á su padre encarecer la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, y por cierto que en cuanto á las ventajas de las dos primeras, estaban enteramente de acuerdo con el autor de sus días, pues la *libertad* era lo que deseaban, é *iguales* han sido siempre en todo; pero la *fraternidad* no les debía parecer tan seductora porque se trataban con el mayor despego, y el hermano decía no pocas barbaridades á la hermana, y ésta no se mordía la lengua para llamarle bruto, animal, y todo lo que se le venía á la boca; y alguna vez no faltó mucho para que se soltaran fraternalmente unos cachetes fraternales, cosa ya muy vista entre los que tienen el ideal político de la libertad, la igualdad y la fraternidad, que en cuanto llegan á poder plantear la bonita forma de gobierno por la que tanto han suspirado, lo primero que hacen es pegarse de linternazos unos á otros, sin perjuicio de dárselos también á los que no tienen sus ideas.

Y ahí están los ensayos de *libertad*, *igualdad* y *fraternidad* que se han hecho en la vecina Francia en el pasado siglo y en el presente y sobre todo en los días de la *Commune*, y sin ir á buscar el ejemplo en el vecino, aquí estamos nosotros, los pobres españoles que no somos republicanos y que hace algunos meses estamos presenciando la deliciosa armonía que reina entre los que lo son, los cuales amenazan acabar con todo y con todos y hacen víctima de sus desafueros y horribles atentados y de su eterna discordia, al desventurado país que es teatro de sus increíbles hazañas. En fin, para que se entienda bien la *fraternidad* republicana federal, basta consignar que los republicanos se han visto precisados á declarar *piratas* á los republicanos. Me parece que este ejemplo hace la apología del sistema de gobierno que tiene por lema *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*.

D. Simon, aunque es liberal y ateo, republicano, federal, socialista, intransigente, y todo lo que Vds. quieran; es padre,

y—cosa maravillosa y que debía hacerle comprender que en él alienta una alma y que esta alma tiene un autor divino!—le causa pesar que sus hijos sean malos; y él que tantos votos y ternos dice, siente cierta repugnancia cuando se los oye decir á su hijo que ya es un hombre, y las extravagancias de su hija y sus devaneos le producen visible disgusto, y le preocuparían mucho si no estuviese dominado por la maldita política, empuñado en que el país no puede estar tranquilo y en prosperidad hasta que se vuelva completamente del revés la sociedad, y suba lo de abajo y baje lo de arriba, y haya anarquía, colectivismo y liquidación social, que no parece sino que el hombre se acaba de escapar de la casa de orates de Leganés, bien que hay que hacer justicia á los pobres encerrados en aquel establecimiento; entre ellos no puede haber ninguno capaz de imaginar siquiera los disparates y los crímenes á que ha dado lugar la federal en España. Y todavía no hemos llegado al fin.

¿Qué derecho tiene D. Simon para reprender en su hijo lo mismo que él le ha enseñado y le celebraba cuando niño? ¿Cómo ha de corregir las ideas absurdas de su hija el mismo que niega la santidad del matrimonio, truena contra la familia y se desata en denuestos contra la Iglesia?... Ellos, es claro, se creen dignos hijos de su padre manifestando las mismas ideas que solo de él han aprendido.

Si ellos han visto siempre que su padre ha tratado á su compañera sin consideración, sin respeto, sin amor, ¿cómo han de tener ellos consideración, respeto ni amor á su padre y á su madre?

El hijo goza amplia libertad, frecuenta las casas de juego, escribe un papelucho inmundo que él llama periódico, en el cual niega el talento y la virtud á los hombres más eminentes, encarece la necesidad de que se extermine á medio mundo, excita á la rebelión y al asesinato, insulta las creencias de sus compatriotas, se burla de los más sagrados sentimientos de la familia, llama hipócritas á las mujeres, se hace eco de todos los delirios y todos los absurdos, y adula baja y groseramente á la más ínfima é ignorante clase del pueblo, que tiene mejor sentido que su miserable cortesano y es muchísimo más digno de consideración que el insensato que se esfuerza en balagar todas las malas pasiones contra la sociedad que no le arroja de sí.

En la casa de Don Simon no se ha visto nunca orden ni concierto; se gasta cuanto hay, se derrocha, mejor dicho; y si ahora es época de holgura porque las cosas políticas han cambiado radicalmente desde hace cinco años en favor del gran liberal, ahora federal, cuyo sueldo ha tenido un aumento equivalente al progreso que el hombre ha manifestado en sus ideas, mañana vendrá la escasez y acaso el apurado extremo de andar á salto de mata porque las cosas políticas cambien otra vez, que cambiarán seguramente.

Y de cuantos males sufren la madre y los hijos, será responsable el padre descuidado, el hombre impío, el mal ciudadano, porque para ser buen ciudadano no basta, como dice Don Simon, ser buen liberal y hacer fuego cuando hay motin y andar á estacazos en las elecciones y no comerselos fondos públicos; es preciso también ser hombre de bien dentro del hogar doméstico y buen esposo y buen padre, es preciso criar y educar los hijos para el bien, para que den honor á sus padres y al país, y sirvan en la sociedad para algo más que para seducir mujeres, escribir libelos, perorar en los clubs y tallar en las casas de juego, ó si son hembras para dar escándalo y hacer alarde de despreocupación y gala del vicio.

Yo compadezco profundamente á este

marido que ha hecho á su mujer indiferente y descreída, y á sus hijos libres y desvergonzados, porque es seguro que cuando sea más viejo, cuando ya esté desengañado de la farsa política, cuando vuelva en sí, recobre la razón y anhele gozar como supremo consuelo las dulzuras del hogar doméstico; cuando los años y las enfermedades le tengan sujeto en su casa y le hagan necesarios los cuidados amorosos de la familia, mirará en derredor y no hallará esa familia amante, respetuosa, llena de abnegación y de solicitud que es la esperanza, el sostén, la alegría, la vida de los pobres viejos.

Entonces conocerá qué estéril vida ha sido la suya, y entonces, no lo dudo, volverá los ojos á Dios, y Dios sin duda le dará generoso el consuelo que no ha de hallar en una familia indiferente y descreída, para la que, un viejo achacosó é impertinente, es como un mueble inútil, que, á fin de que no estorbe, se tira á la calle ó se lleva á la guardilla.

¿Qué grande, inconsolable amargura será la suya, viendo á su hija soltera y sin probabilidades de casarse, porque mujeres de sus ideas y sus costumbres, no pueden hallar quien las quiera para esposas! La pobre mujer tendrá que vivir sola en la miseria, en la abyección acaso, porque las mujeres que no sirven para casadas, sirven indudablemente para todo lo que es malo y vergonzoso.

Acaso le parecerá al lector un poco recargado este cuadro. No lo está sin embargo. En la vida real hay cuadros de este género, más de los que conviene al bien de la sociedad. La perversión de las ideas y el relajamiento de las costumbres, producen las mayores aberraciones y los más extraños fenómenos. La realidad es por desgracia más sombría, más triste que el cuadro que acabo de pintar ligeramente.

Y que no se incomoden conmigo los federales que también los habrá entre ellos excelentes esposos y buenísimos padres de familia. Con ellos no vá nada de esto.

No me podrán negar, sin embargo, que el tipo de D. Simon existe en la sociedad; yo nada he inventado.

La tumba de Iturbide.

Esa luz melancólica y triste
Que derrama la pálida luna,
Esa luz alumbró la fortuna
En un tiempo, del bello Anahuac.

Esa luz en Iguala bañara
Al invicto esforzado guerrero,
Que blandió formidable el acero
Y gritó "¡Libertad, Libertad!"

Esa luz, esa misma en las Huertas
Vió de México al héroe lanzarse
Entre el bando enemigo, y ganarse
Una palma, un laurel eternal.

Y allá en Córdoba, sí, también ella
Le mirara animoso y valiente
Destrozar á la hueste insolente
Y al leon orgulloso humillar.

Más después....sus mezquinos reflejos
Alumbraron tan solo una fosa,
Un sepulcro, una fúnebre losa
Que jamás ¡oh dolor! se alzará.

Una losa en Padilla olvidada
Que ocultara los restos de un hombre,
Una losa fatal con un nombre
Regrabado en su sólida faz.

ITURBIDE, la losa decía,
Y en su torno no había ni una rosa,
Ni una lágrima habíase piadosa
Deslizado la losa á mojar.

Ni una lágrima no, mexicanos;
¡Cuántas, ¡ay! derramamos ahora!
Sí, lloramos, y el héroe no llora,
Y sufrimos y él goza de paz.

M. C. Tolsa.